



Luis Landero

Luis Landero nació en Alburquerque (Badajoz) en 1948. Se Licenció en filología hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Fue Premio de la Crítica y Premio Nacional de Narrativa en 1990, con *Juegos de la edad tardía*. Otras obras suyas son *Caballeros de fortuna* (1994), *El mágico aprendiz* (1998), *El guitarrista* (2002), *Hoy, Júpiter* (2007), *Retrato de un hombre inmaduro* (2010), *Absolución* (2012), *El balcón en invierno* (2014 Premio Libro del Año de los librerías de Madrid en 2015). Publicó, además, un ensayo, *Entre líneas: el cuento o la vida* (2000) y numerosas piezas cortas agrupadas en *¿Cómo le corto el pelo, caballero?*

El negociador trasquilado

Luis Landero ha escrito su libro más agrio. Tirando de un humor quevedesco y cruel, 'La vida negociable' narra las peripecias de un pícaro de medio pelo

Por José-Carlos Mainer (El País, 2017)

El mundo de Luis Landero es como una vasta cuenca hidrográfica donde hay fuentes, caudales que se ramifican, embalsamientos o meandros más tranquilos y desagües misteriosos. Pero todo es el mismo líquido fugitivo, cristalino alguna vez; las más, turbio: una representación de la vida. La vida es un supuesto y un afán y por eso resulta —leemos en *La vida negociable*— “tan irrisoria, tan fea, tan trivial, y a la vez tan dramática, tan misteriosa y llena de belleza”.

La vida negociable —título tan acertado como todos los de Landero— habla de la infinita capacidad de caer y sobrevivir en la miseria y el ridículo. Quizá ahora se nota mucho más que otras veces porque la vida de Hugo Bayo está narrada en primera persona, como si fuera el relato de un pícaro moderno: un baqueteado Guzmán, o un cínico don Pablos, más que un ponderado Lázaro...

2019-2020

Tertulias literarias

2

Empieza convocando a que “señores, amigos, cierren los periódicos y sus revistas ilustradas, apaguen sus móviles, pónganse cómodos”, y pronto sospechamos que nuestro charlatán es muy consciente de su condición de género literario cambiante: “Mi vida que venía de un drama se convertía en comedia, entra en un tramo festivo, casi de títeres”; “no habíamos comenzado apenas con el folletín, cuando nuestras vidas dieron un giro inesperado hacia el género policiaco”. Nunca se cansa de enfatizar méritos o miserias, o de hacer filosofía barata de sus pasos: “En mi afán de purificarme me hundí todavía más en el oprobio”, pero unas líneas después, “me sentí lleno de fe y rebosante de mí mismo”, quizá porque “aprendí que, por muy bajo que uno caiga, mal que bien acaba por amoldarse a su situación”. A punto de terminar, concluye, otra vez en forma de queja metaliteraria: “¿En qué proporción se mezclan el ridículo y lo sublime, lo trascendente y lo banal, la comedia, la épica, el drama y el folletín?”.

El sistema hidrográfico de Landero nos hace reconocer antecedentes del personaje en las dos últimas novelas, que son tan excelentes como esta. El pobre Lino de *Absolución* y nuestro Hugo parecen ir a conocer la felicidad cuando sobreviene en su vida la violencia y la culpa. Y huyen, cuando Lino quizá ha matado a un hombre y cuando Hugo y Leo han robado los relojes. Les escoltan en su camino consejeros pintorescos: el apacible señor Levin o el agricultor Olmedo, en el caso de Lino; el brigada Ferrer y el peluquero Baltasar en el nuestro.

También, como le sucede al Dámaso de Hoy, Júpiter, la infancia encierra un doloroso engaño: para aquel personaje lo fue ser postergado por sus padres ante un extraño; a Hugo le toca la revelación del adulterio de su madre y saber que, tras las amonestaciones de su padre, no hay más que la verborrea de un administrador ladrón. Pero Hugo es también —como Dámaso— un vengador de sus agravios. Y tiene una vida sexual activa, no muy frecuente en las novelas de Landero: la vergonzosa domesticación de su amigo Marco; la relación con Leo, inseparable de sus palizas mutuas; el noviazgo imaginario con Olivia, que termina en violencia; la época dorada de peluquero militar, cuando Hugo acicalaba las axilas y el pubis de una coronela soñadora. Todo son sumandos de una vida que Hugo asocia, como tantos otros personajes de Landero, al ejercicio de un oficio. Siempre están dispuestos a fantasear con una fuente de riqueza y reconocimiento que permita llegar donde empieza “la edad ancha de la razón y de la madurez”. Nunca llegan a nada; Hugo, tampoco: ni será especulador, ni colono en el salvaje Oeste, ni atracador o ladrón de fuste, ni peluquero, ni ferretero.

El calculado final de esta novela parece enderezar el destino. Pero la reaparición del padre y la madre no trae ni paz ni perdón. Y no llama por teléfono quien iba a venderles —a Leo y Hugo— la finca rural que soñaban. Y aquella peluquería de una calleja de Aranjuez, que parecía esperarle, no le aguarda... La novela parece cerrarse bajo la maldición de Pablos de Segovia (“nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres”); Hugo espera su gran momento, pero también lo sabe: “A lo mejor la vida, o al menos la mía, consiste sólo en eso, ir de camino a lo que salga”. La vida es negociable, como decía su padre, pero no suele dejar que lo hagamos.

Landero ha escrito la novela más agria de toda esa red de ramales de vida que nació en Juegos de la edad tardía, bajo el signo del humor de Cervantes, tan entreverado de desengaño. *La vida negociable*, más quevedesca y cruel, lo confirma como uno de los mejores novelistas españoles.

Fonte: https://elpais.com/cultura/2017/01/27/babelia/1485541043_933932.html

La vida negociable

Crítica de Ángel Basanta (El Cultural, 2017)



Saturado de ficciones, Luis Landero (Alburquerque, 1948) se refugió en su admirable novela autobiográfica *El balcón en invierno* (2014), que constituye un ejemplo excelente de lo que entendemos por autoficción.

De aquella recreación de los primeros años de su vida en su pueblo extremeño, Landero ha salido con renovadas fuerzas para sumergirse de nuevo en sus ficciones. Lo hace con fidelidad a su mundo imaginario, cuyo núcleo temático está en esa palabra que tan bien lo identifica, el afán, que inflama la existencia de sus personajes en busca de su lugar en el mundo. Y, como todo gran escritor, mantiene su coherencia con la prosapia literaria de la que nacieron sus obras anteriores, teniendo a Miguel de Cervantes como maestro en la visión del mundo derramada en sus novelas y a la picaresca como fuente de inspiración para la creación de personajes andariegos, cínicos, amorales, mentirosos y, a menudo, tramposos, farsantes y golfos.

Este es el mundo y la genealogía literaria de *La vida negociable*, la novela más agria y desengañada de Landero, protagonizada por un antihéroe, Hugo Bayo, que cuenta su vida en primera persona, haciendo gala de dominio de la narración oral, como un peluquero parlanchín que sabe ganarse la atención de sus oyentes, a los que apela explícitamente al principio y al final de su relato.

Esta simetría compositiva se completa con la organización de la novela en dos partes de trece capítulos cada una. En la primera parte el narrador y protagonista cuenta cómo su vida se tuerce al saberse dueño del poder que le da el secreto de su madre. Ella engaña a su marido y el hijo aprovecha ese descubrimiento para hacerle un chantaje. Como otros personajes de Landero, Hugo proyecta su afán de vida futura en hacerse granjero y vivir en contacto con la naturaleza; también sueña con ser hombre de negocios, actor o aventurero. Y acompaña sus sueños con el amor imaginario de Olivia o de Leo. Hasta que, como suele suceder en las novelas de Landero, la realidad aplasta los sueños, y la primera parte acaba con Hugo en la cima de su encanallamiento.

La segunda parte comienza con los planes de Hugo para rehacer su vida como voluntario en el servicio militar. Aquí la narración se concentra aún más en su modalidad de novela del aprendizaje. Y en los primeros capítulos de esta segunda parte disfrutamos de las mejores páginas de la novela, magistrales en el ingenio y el humor de sus diálogos, con Hugo de aventajado aprendiz de peluquero en manos del brigada Ferrer y con los éxitos del “mágico aprendiz” en sus prácticas de peluquería y erotismo con la coronela.

Sus afanes pasan ahora de soñar con la grandeza militar a triunfar como peluquero estilista. Así lo hace a su vuelta a Madrid, pero la realidad de una vida sin amor desbarata sus sueños. Y su impenitente afán lo impulsa a rehacerla dedicándose al estudio para ser maestro o catedrático, o haciéndose con un quiosco de cerrajería o con una ferretería e incluso con una finca de labranza. El drama de este y otros personajes de Landero es que su afán nunca encuentra su lugar en el mundo. Así, aunque el final de la novela queda abierto, no hay lugar para la esperanza en la desolación de Hugo, por más que “en la vida todo es negociable”, como decía su padre, otro farsante.

En *La vida negociable* brillan las mejores cualidades literarias de Luis Landero. Su cervantismo florece por doquier, desde el empeño de Hugo por construir el hombre imaginario para seducir a Olivia hasta el eco reiterado del Quijote en las elucubraciones del brigada Ferrer en defensa de la peluquería como lugar privilegiado de saberes, pasando por el discurso de las armas y las letras o por los consejos de don Quijote a Sancho, que funcionan como palimpsestos en esta excelente novela.

Y el humor lo impregna todo, por medio de la parodia, desde la extravagante andadura vital del protagonista, con muchos episodios en clave de farsa, hasta la cambiante modalidad genérica en que se sitúa la novela, con predominio del drama en la primera parte (fracaso en la relación entre Hugo y sus padres) y de la comedia en la segunda (experiencias de la vida militar y aprendizaje de peluquero), para dar paso al folletín en episodios peregrinos en Madrid y, finalmente, a la novela policíaca en la investigación de lo ocurrido con los padres del protagonista.

Fonte: <https://www.elcultural.com/revista/letras/La-vida-negociable/39234>

El extraño negocio de vivir Por Inmaculada Marroquín (Infolibre, 2017)

“Señores, amigos, cierren sus periódicos y sus revistas ilustradas, apaguen sus móviles, pónganse cómodos y escuchen con atención lo que voy a contarles”. Así comienza la nueva novela de Luis Landero, donde su protagonista, Hugo Bayo, imaginando dirigirse a un auditorio fiel de pelucandos, nos cuenta su vida y sus andanzas desde que, cuando era un adolescente y apenas sabía nada del mundo de los mayores, ni tenía conciencia del bien ni del mal, su madre le hizo una confidencia que marcará su destino.

Detrás de esta confidencia, de este secreto, Hugo, descubre las mentiras y las falsedades que envuelven el mundo de los adultos. Hijo de un ama de casa y de un administrador de fincas, en apariencia bastante convencionales, “ella tan viva y tan menuda, el tal lento y tan enorme” encuentra, en la vida de sus padres misterios que desconoce y que le llevarán a convertirse en un canalla. Primero, el afán por castigar a su madre, por lo que, piensa, les ha engañado de modo atroz a su padre y a él, descubriendo que le produce un goce inquietante dominarla, torturarla con indirectas y reafirmar así su poder sobre ella. Después, la revelación de su padre y el chantaje a ambos.

Hugo es un ser solitario, sin amigos. Las únicas relaciones con gente de su edad se limitan a Marco, con quien mantiene un vínculo morboso de superioridad y abuso, y con Leo, la extraña y estrambótica hija de un ex campeón de lucha libre y de una vidente, que terminará por ser su compañera de vida. Cuando conoce a Olivia y se enamora, o al menos cree enamorarse, es cuando repara en su condición de chantajista y se ve apremiado por un afán de purificación. Hasta ese momento siempre había dado por supuesto que su conducta era la apropiada, que sus padres se lo merecían, y se ve a sí mismo tal y como es —y como le ve el sorprendido lector—: “Un depravado, un rufián y un perfecto y pequeño canalla”. Pero lejos de redimirse, el granuja que lleva dentro le conduce al crimen y a la mentira y al alejamiento de sus padres.

Sin saber qué hacer con su vida, se alista voluntario en el servicio militar, donde sin oficio ni estudio alguno, es destinado como aprendiz de barbero, profesión que determinará su futuro en su posterior vuelta a la vida civil, por la habilidad innata que demuestra con el peine, la tijera, la navaja y la maquinilla, como si llevase toda la vida en el oficio. En el cuartel conoce a la coronela “una mujerona guapa, con mucha abundancia de todo”, y con la disculpa de acicalarla, se convierte en su amante.

Tertulias literarias

5

Con Leo, mantiene —y mantendrá— una compleja relación de amor-odio y violencia, de ni contigo ni sin ti, en la que no pueden vivir juntos pero tampoco el uno sin el otro, mezcla de alma torturada, amor, orgullo, rabia y fatalidad. “Quizá eso no era amor, o a lo mejor sí, o a saber lo que era. Pero una fuerza fatal, irresistible, me arrastraba hacia ella”.



Hugo Bayo, pícaro moderno y genio incomprendido, convencido de que ha venido al mundo a triunfar por sus dotes innatas para ser artista, famoso, estrella de cine, catedrático, aventurero, empresario de éxito y un sinnúmero más de profesiones, es condenado por el destino a ser peluquero, oficio que no quiere pero para el que demuestra unas dotes inusuales. En un instante, ve la historia entera de su vida: a sus padres jóvenes y felices, al niño inocente que fue, al joven de ojos páfidos y alma de diablo en que se convirtió después y así, descubre que buscar y encontrar a su madre es el próximo proyecto grande de su vida, aunque como veremos, tampoco le traerá la paz ni la redención.

La vida negociable es una novela grandiosa, repleta de reflexiones sobre la vida, el amor, las relaciones entre padres e hijos, el aprendizaje, las decisiones que calladamente vamos tomando y nos conducen por un camino u otro y donde todo puede justificarse, disculparse, aceptarse... “Mira, Huguito —le dice su padre cuando le confiesa su pecado—, en la vida todo es negociable, y también con Dios, digo yo, se podrá negociar. Hay que aprender a convivir con el mal y en este negocio mío y que pronto

será tuyo, piensa, como yo lo pensé en su día, que si no lo haces tú, otro lo hará por ti, de modo que con tu virtud no evitas el mal; al contrario, aceptándolo, puedes paliarlo en parte, contenerlo, hacerlo más venial y más humano, y ese a su modo, es un servicio que le prestas a Dios, que todo lo ve. Por otra parte, Dios es misericordioso y comprende las flaquezas humanas, y si eres de por sí caritativo y buen cristiano, con una cosas remedia la otra”. En definitiva, habla de la complejidad de la vida y del extraño negocio de vivir: “No entendía que la vida pudiese ser tan irrisoria, tan fea, tan trivial, y a la vez tan dramática, tan misteriosa y llena de belleza...”.

Luis Landero es un maestro de la palabra, no en vano está considerado uno de los grandes de la literatura española contemporánea, domina a la perfección la técnica narrativa. En esta novela, combinando hábilmente diferentes niveles de lenguaje y oralidad con pasajes líricos de gran belleza, construye una obra rotunda en la que mezcla la comedia y el drama, la épica y el folletín, lo trascendente y lo banal. Simplemente imprescindible.

Fonte:

https://www.infolibre.es/noticias/los_diablos_azules/2017/09/29/la_vida_negociable_luis_landero_70088_1821.html

Los afanes de Luis Landero

Por Eugenio Fuentes (Revista de Libros, 2017)

Gregorio Olías, el protagonista de la deslumbrante y primera novela de Luis Landero, *Juegos de la edad tardía* (1989), le pregunta un atardecer a su abuelo por el afán. «El afán es el deseo de ser un gran hombre y de hacer grandes cosas, y la pena y la gloria que todo eso produce. Eso es el afán» (p. 48), responde el abuelo. En su última y no menos deslumbrante novela, *La vida negociable*, reaparece con fuerza este concepto y se fortalece con un cariz existencial al influir sobre las decisiones vitales que toma el protagonista.

En efecto, la novela narra los afanes de Hugo Bayo, desde que en su adolescencia su madre le cuenta un secreto hasta la página final en que mira absorto el rótulo de una peluquería, oficio al que parece condenado. Hugo es zarandeado por el afán descrito hace casi tres décadas, que Luis Landero recupera ahora: «Porque era el viejo, el incansable, el desafortado, el sucio y querido afán que regresaba una vez más a mí, después de un prolongado letargo en la penumbra acogedora y sedante de la costumbre, y que me invitaba y urgía a abandonar la holganza del presente para ponerme otra vez en marcha y emprender nuevas aventuras, nuevas vidas todavía por inventar y por vivir, nuevos sueños a los que perseguir sin un momento de tregua ni descanso». (p. 290). A mí al menos, el afán me recuerda el concepto de pasión que, según Schopenhauer, caracteriza a la condición humana, la eterna ansiedad y deseo de algo nuevo, el apetito de lo desconocido, tras cuya satisfacción reaparecen el tedio y la disforia, que de nuevo conducen a la pasión en un círculo vicioso, en una rueda sostenida por tres radios que nunca deja de girar: deseo-satisfacción-decepción-deseo-satisfacción-decepción-deseo... En *La vida negociable*, a la exaltación del protagonista le sigue el fracaso, a los cantos de sirena le sigue el naufragio.

Hugo Bayo pertenece a la misma estirpe de personajes soñadores e inmaduros que pueblan otras novelas del autor, personajes que no terminan de hacer realidad sus sueños, se trate de lo que se trate: ser un gran guitarrista, un pionero de las praderas americanas, un seductor, un actor o un hombre rico. La curiosidad de Luis Landero por todas las profesiones, que suele describir con detalle y agudeza, llega a la fascinación en el caso de las peluquerías, como ya había apuntado en *Cómo le corto el pelo, caballero* (2004)¹. En las peluquerías, «lugares ecuménicos y enciclopédicos» (p. 177), cohabitan la tertulia y el periodismo, la educación y la democracia, la medicina y el confesionario, y a priori parece el lugar adecuado para el triunfo del elocuente Hugo Bayo. Pero ese oficio termina convirtiéndose en una metáfora del afán del protagonista, pues representa su salvación y su condena, su pena y su gloria. Su éxito casual como peluquero de barrio le recuerda que había soñado con otra vida muy diferente en la que él habría impuesto todas sus cláusulas, sin negociar a la baja. Las decepciones y los incumplimientos de los sueños contribuyen a que Hugo vaya convirtiéndose en un pícaro amoral y canalla y tiñe la novela con un tenue velo de melancolía.

Son los personajes y sus andanzas, y no las doctrinas, los que interesan a Landero, que no emite juicios éticos ni convierte al protagonista en un predicador alfa ni en un ideólogo, a pesar de su elocuencia y su capacidad de persuasión. Narrada en primera persona, es el propio Hugo Bayo quien se pregunta por su identidad, quien se interroga sobre sí mismo sin terminar de hallar un marco conclusivo donde verse reflejado con nitidez. No es un psicólogo quien huronea en su alma, y ni siquiera lo es el autor, Landero, que permanece callado, sin expresar simpatías ni antipatías. La primera persona gramatical comporta el riesgo de la rumia, de relegar la narratividad a un segundo plano en beneficio del flujo de conciencia y de una visión solipsista por parte del narrador ensimismado, maniatado por un exceso de introspección. Landero, sin embargo, evita ese peligro al hacer que su protagonista se enfrente a continuos conflictos con su entorno y al implicarnos a los propios lectores como oyentes desde el primer párrafo, en un discurso dialógico que nos alude y al que asistimos con los ojos muy abiertos, unas veces espantados, otras divertidos, pero siempre seducidos por el relato.

Tertulias literarias

7

Si Hugo Bayo ni siquiera sabe cómo es él en realidad, menos aún puede conocer cómo es el mundo ni diseñar un ideal social. En una ocasión reacciona airado contra un cliente, un viejo militar que suelta una arena reaccionaria contra todo lo moderno. Hugo, chaqueando en el aire las tijeras de barbero, exclama: «Porque creo que sus ideas necesitan una buena poda [...] relamiéndome de las ganas que tenía de empezar a cortar ideas cuanto antes [...] mechoncitos de argumentos, pelusas de opiniones, flecos y pelusillas de doctrinas» (p. 234). Con una profunda lucidez, Landero muestra las contradicciones y la complejidad de la condición humana y mezcla en su protagonista virtudes y defectos (más de estos últimos), valor y cobardía, confianza e incertidumbre, calma y ansiedad. Le hace oscilar entre arrebatos de inspiración y épocas de desaliento: un día ataca al grupo de adolescentes matones que lo acosan, y otro día se hunde en la pereza; sueña con vivir en la naturaleza, pero su vida es urbana y los exteriores que contempla son las calles de la ciudad, que, excepto en el último capítulo, constituye el espacio global de la novela. Hasta físicamente se mezclan y se entrelazan lo sublime y lo grotesco, como la vomitona con que cierra ante Olivia la exposición de sus utópicos proyectos de felicidad. Como afirma Hugo: «Ahora que lo pienso, en mi vida, como en tantas vidas, ha pasado un poco de todo, quiero decir que he cultivado casi todos los géneros y subgéneros literarios y en general artísticos, la comedia, el drama, la farsa, el esperpento, la novela de acción y de suspense, la novela psicológica, la policíaca, la erótica, la realista, la didáctica, el folletín, el sainete, y qué sé yo cuántos más» (p. 93).



© ABC

Y aunque esa idea de la existencia como una mezcla de drama y de comedia, de tragedia y de sainete, se repite a menudo en el libro, en esta ocasión Landero es más trágico que festivo, más amargo que complaciente, pues la de Hugo es una vida poco ejemplar, aunque él no sienta vergüenza ni remordimientos por el chantaje a sus padres o el maltrato a su amigo Marco: su relato no es una confesión en la que se revelan los pecados a fin de redimirlos. Incluso cuando aparece alguna imagen en apariencia cómica, como la del protagonista en «el suelo, coronado de espaguetis y salsa de tomate, los lentes colgados de la nariz» (p. 262), predomina en ella un acento de fracaso y desolación.

Dividida en dos partes, cada una con trece capítulos y con un idéntico número de páginas, la primera es una novela de formación, género que de un modo u otro está muy presente en la obra de Landero, y se cierra al comenzar la segunda parte con la marcha del protagonista al servicio militar, considerada tradicionalmente como el inicio de la edad adulta. Esa adscripción genérica también se evidencia cuando, en un pasaje clave, Hugo reconoce haber aprendido una trascendente lección moral, relacionada con el título *La vida negociable*: que con el paso del tiempo, para eludir la angustia o el remordimiento, aprendemos a convivir con errores y vilezas, apartamos la culpa a un rincón donde no la veamos y terminamos encontrando justificación a nuestros actos más indignos: «Aprendí que, por muy bajo que uno caiga, mal que bien acaba por amoldarse a su situación. Se mueve y se remueve hasta encontrar una postura más o menos cómoda. Eso es todo. Se adapta al medio. Porque en el oscuro trasmundo de cada individuo solo y desabrigado, la ley de la supervivencia puede más que los imperativos éticos» (p. 132). Hugo Bayo, además de soñador, se ha convertido en un villano, como él mismo reconoce: «Ese soy yo, y eso es todo cuanto puede decirse de mí y de mi paso por el mundo. ¿Hugo? Un inútil, y en voz baja: Y una mala persona» (p. 219). Y en efecto, hay otros personajes de Landero a los que nos alegraríamos de volver a ver antes que a Hugo Bayo.

La novela brilla en este y en otros párrafos similares en los que Hugo incursiona en su yo, se pregunta quién es y toma conciencia de sí mismo, de su identidad, de su incapacidad para el amor, de lo contradictorio de sus actos y lo volátil de sus ideas, de las tensiones simultáneas con que tiene que lidiar, sin llegar a establecer un



Tertulias literarias

desenlace: la novela no tiene un final cerrado, que hubiera sido incoherente con el afán, con los vaivenes perpetuos que dominan el carácter del protagonista.

La vida negociable comienza con un apóstrofe a los lectores similar al que se pronuncia en los espectáculos de magias y prodigios: “«Señores, amigos, cierren sus periódicos, apaguen sus móviles, pónganse cómodos y escuchen con atención lo que voy a contarles» (p. 11). Y la fórmula no es inapropiada, porque el relato resulta extraordinario, como cualquier vida bien narrada en la que se alternen miserias y prodigios, palabra esta que, dicho sea de paso, aparece en la novela en veintisiete ocasiones, como sustantivo o en formas adjetivales. Los avatares que le suceden a Hugo Bayo están ordenados cronológicamente, incidiendo en los momentos de cambio, en los giros del destino o en las intervenciones del azar, pero enlazados de forma fluida, sin staccati, sin dejar huellas de soldadura entre uno y otro.

El lenguaje destaca por la oralidad, por la soltura con que se pasa del estilo directo al indirecto, por unos diálogos que se funden con tanta naturalidad en el discurso que resultan innecesarios los guiones y las acotaciones. Landero escribe una prosa admirable, limpia de grumos y de estorbos: al terminar de leer cualquiera de sus páginas, levantamos asombrados la vista, pero no sabemos cómo lo ha hecho, qué sortilegios utiliza, pues no recurre a ninguna artillería retórica ni despliega artificios lingüísticos para rendir nuestra plaza de lectores. Creo que es a esto, y a que en *La vida negociable* hay más aventuras verdaderas que en media docena de agitadas novelas de ciencia ficción, a lo que se refiere la crítica cuando lo califica de escritor cervantino. Si hay una tradición barroca con tendencia a relatar hechos normales con palabras extraordinarias –Quevedo o Valle-Inclán– o con estructuras complejas, Landero pertenece a una corriente que desdeña construcciones y deconstrucciones y relata cosas extraordinarias que suceden a personajes cotidianos, sin alzar la voz y con palabras normales, pero brillantemente organizadas. Así, por ejemplo, describe a un profesor de matemáticas que «tenía mucha carne en la cara. Parecía ciego» (p. 15). En principio no hay ninguna ilación lógica entre la abundancia carnosa en el rostro y la ceguera y, sin embargo, y a pesar del punto que separa las dos frases –la segunda aparece por sorpresa, provocando extrañamiento–, ambas imágenes configuran una muy expresiva estampa del personaje.

Sólo cabe cuestionar si la voz del personaje-narrador Hugo Bayo no se parece demasiado a la voz del narrador-autor Luis Landero, que ha escrito otras novelas en tercera persona con la misma cadencia, con vocabulario, acento y sintaxis muy parecidos. La voz autoral se solapa y se aloja dentro de la de Hugo Bayo, pero quizás esto confirma que Landero no es de esos escritores camaleónicos que cambian de estilos y de temas, sino de los que, como él mismo dice, una y otra vez muelen el mismo grano en el mismo molino.

Acaso, a la postre, toda su escritura no haga sino extraer de la materia bruta de la realidad cotidiana unos elaborados relatos que reflejan, con lúcido escepticismo, estos tiempos de confusión y posverdad en los que no es fácil hallar salidas honorables para el individuo.

Fonte: <https://www.revistadelibros.com/resenas/la-vida-negociable-luis-landero>

Para saber máis:

[Crítica de “El Periódico”](#)

[Crítica de ABC](#)

[Crítica de “El Imparcial”](#)

[Archivo documentación Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)



Biblioteca Central Rialada
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

2019-2020